

LA ESTRUCTURA AUTOBIOGRÁFICA DE LA VIDA*

EUGENIO SUÁREZ–GALBÁN

Aunque ya a nadie enterado se le ocurrirá encajar la *Vida* de Torres Villarroel dentro del género de la novela picaresca, todavía no se ha estudiado en serio esta autobiografía desde el punto de vista de su propio género. Es cierto que Sebold se ha ocupado de comentar el libro dentro de un marco autobiográfico pero falta en su trabajo un intento de descifrar la estructura de la *Vida* de acuerdo con la esencia y las manifestaciones literarias que definen clara y específicamente su sentido y forma autobiográficos¹. Interesante y valioso como sea, no basta con señalar las influencias literarias que se unen en la *Vida* para componer una “sinfonía de contradicciones” (*ibid.*, p. 7) que le permitan a este Torres ascético-mundano expresar su dualismo paradójico de una manera que a Sebold le parece parangonable al procedimiento que usaría después Unamuno en nuestro siglo ante la angustia del existir (*ibid.*)². Pero si sometemos la obra a ese estudio encaminado sobre su género particular, veremos que el papel de la contradicción –aunque pueda terminar en reflexiones filosóficas– arranca, como casi todo en la *Vida*, de otra preocupación más apremiante para el autor.

Se trata de una insaciable ansia de fama, un enorme anhelo de reconocimiento que halla su solución y alivio en la redacción de la *Vida*. Esta es la conclusión principal y más obvia que revela la estructura de la obra, pues un análisis cuidadoso de ella pone de manifiesto un sistema complicado de técnicas, tácticas –y hasta tramoyas, podría decirse– dentro de un juego complementario entre dos formas autobiográficas, destinadas en general y más que nada a realzar la persona y labor del autor. Son estas

* Este estudio se publicó inicialmente en *Hispanófila*, 41 (1970), pp. 23-53, y posteriormente se integró, con ligeras variantes, en un capítulo del libro *La “Vida” de Torres Villarroel: literatura antipicaresca, autobiografía burguesa*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1975.

¹ Russell P. Sebold, “Mixtificación y estructura picarescas en la *Vida* de Torres Villarroel”, *Ínsula*, n. 204 (noviembre, 1963), pp. 7 y 12.

² No es Sebold el único que ve una relación de carácter filosófico entre Torres y Unamuno: también Juan Marichal establece un paralelo al afirmar en “Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo”, *Papeles de Son Armadans*, n. 108 (marzo, 1965), p. 306: “Torres Villarroel es un complacido burgués del siglo XVIII español, pero en su aire risueño, en sus cómicas bufonadas, se oculta y se revela el sentimiento trágico de la vida. El catedrático de Salamanca del siglo XVIII y el del siglo XX no están tan lejos como pudiera parecer”.

dos formas –llamémoslas subgéneros autobiográficos– la apología y la confesión, pero repárese bien en que la confesión torresiana en que culmina la apología es de carácter esencialmente mundano. Representa esta confesión mundana el eje de la obra, su común denominador que da a la autobiografía su sentido y forma especiales. La apología queda así subyugada a la confesión, ya que su papel fundamental será el de servir como mero pretexto de esa confesión, excusa que le brinda a Torres la oportunidad de jactarse con el pretexto de defenderse, pues. Consiguientemente, la lucha entre mundanidad y ascesis de que nos habla Sebold como el factor estructural de la *Vida*, y como reflejo del dualismo paradójico que en el autobiografiado nunca halla solución (“Mixtificación”, pp. 7, 12), sí nos parece resolverse en y con la *Vida*, al fin y al cabo. Su misma redacción –repetimos– responde a esa ansia de fama y representa el triunfo definitivo de la inclinación mundana de Torres. No quiere decir esto último que las características opuestas –lo ascético y lo religioso– desaparecen del todo. Lo que sí cabría afirmar, no obstante, es que a medida que ese elemento religioso se estudia a la luz de y en comparación con el mundano, el contraste cuantitativo aumenta mientras que el calificativo va perdiendo fuerza; o sea, no sólo abunda tanto lo mundano hasta convertirse en un mínimo de la materia literaria lo religioso, sino que además lo que podría parecer a primera vista una confesión religiosa, resulta ser en muchos casos un eslabón más en la estructura de la confesión mundana. Lo cual es otra manera de afirmar nuestro rechazo de la idea de una estructura basada simple y escuetamente en una serie de contradicciones vitales.³ Porque, desde ese punto de vista estructural, todo sentido de contradicción aquí se neutraliza y canaliza, definitivamente, en la realización literaria de uno de esos dos opuestos teóricos, el mundano, para volver a repetirlo.

LA APOLOGÍA

Queda ya advertido el papel auxiliar que tiene la técnica apologética en la *Vida*. Y de la misma manera que la apología forma una especie de trampolín para saltar a la confesión mundana y autolaudatoria, la autocrítica es un recurso predilecto que Torres utiliza para preparar el terreno de la apología. Íntimamente ligada a la invectiva, esa autocrítica nace de una supuesta leyenda que los enemigos de Torres han fabricado en contra de él, y terminará en un contraataque que el autor lanzará como respuesta. Tal proceso se registra con mayor claridad en lo que a la autocrítica profesional se refiere. No obstante, también la autocrítica moral revela semejante actitud defensiva tras un examen cuidadoso del texto.

³ No hacemos otra cosa, pues, que seguir los propios consejos del mismo Sebold: “Postular la absoluta correlación entre autor y obra, siempre es peligroso, ya que la incapacidad de un autor para vivir de acuerdo con su utopía es a menudo uno de los factores que condicionan la encarnación de éste en sus libros de una u otra forma” (“Torres Villarroel y las vanidades del mundo”, *Archivum*, VII (enero-diciembre, 1957), p. 125). Y aunque el crítico se refiera más bien ahí al abismo entre la aspiración y la realidad, la observación, desde luego, es válida en más de ese sentido, siendo, en realidad, una máxima fundamental de la llamada nueva estilística, todavía muy en boga, recuérdese, en 1957, cuando Sebold publica ese artículo. En “Mixtificación”, no nos parece que Sebold indaga suficiente en cuanto a los verdaderos móviles autobiográficos de Torres, y según se dejan ver éstos desde las páginas de la *Vida*. De ahí que la contradicción torresiana resulte para Sebold más que nada una consecuencia literaria de la contradicción vital, dándose así esa “absoluta correlación entre autor y obra” contra la que había amonestado anteriormente el crítico. Puede ser reflejo la contradicción literaria de la vital, pero no es ésta ni la única ni la más fundamental razón literario-estructural que tiene la contradicción, según continuamos a decir.

La autocrítica en general

“Dos son los especiales motivos que me están instando a sacar mi vida a la vergüenza”⁴, y a estos dos motivos, pues, responde –teóricamente– el elemento de autocrítica en la autobiografía. Torres no tiene ningún reparo en admitir el móvil apologético: “El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre y el atrevimiento de los escritores agonizantes y desfarrapados, que se gastan por la permisión de Dios en este siglo. Escriben de cuanto entra, pasa y sale en este mundo y el otro, sin reservar asunto ni persona; y temo que, por la codicia de ganar cuatro ochavos, salga algún tonto, levantando nuevas maldiciones y embustes a mi sangre, a mi flema y a mi cólera. Quiero adelantarme a su agonía, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano son más tolerables los azotes” (*ibid.*, pp. 16-17). Declara Torres acto seguido el interés y valor económico que también influyen en su decisión de autobiografiarse, para terminar insistiendo en que quiere dejar al mundo un retrato verdadero de sí mismo que desmienta las “mentiras” y “ficciones” (*ibid.*, p. 17) de sus enemigos. Este mismo deseo de veracidad autobiográfica se expresa más explícitamente en el párrafo que sigue: “El segundo motivo que me provoca a poner patentes los disparatorios de mi vida, es para que de ellos coja noticias ciertas y asunto verdadero el orador que haya de predicar mis honras a los doctores del reverente claustro de mi Universidad” (*ibid.*, pp. 17-18). Se trata de una serie de contradicciones que ya Sebold ha resumido⁵, pero lo que más nos interesa a nosotros ahora es ver hasta qué punto quiere Torres escribir una confesión objetiva –dentro de lo que cabe– o si en realidad toda pretensión de objetividad desvanece ante una apasionada apología que busca la alabanza más bien que “noticias ciertas y asunto verdadero”. Bajo esta perspectiva –pretensiones de objetividad en contraste con apasionamiento subjetivo– es que enfocaremos el papel de la autocrítica en general y su relación con la apología.

Autocrítica moral

Muy desde el principio del libro –desde la primera página de la “Dedicatoria”, de hecho– empieza Torres a vituperarse y a admitir sus defectos y debilidades de índole moral: “Descubro, entre poquísimas felicidades, las persecuciones con que me ha seguido la fortuna, las miserias a que me condenó mi altanería, los principios adonde me asomaron mis costumbres, los más de los errores que dieron justamente a mi vida el renombre de mala vida”. La postura humilde que reflejan esas palabras se manifiesta igualmente en otras partes de la obra. Es decir, esa humildad no responde ni necesaria ni exclusivamente a una costumbre literaria típica de una dedicatoria, aunque bien algo de eso pueda haber ahí. No obstante, ni ahora, ni después, a largo de su obra, logra Torres convencernos del valor puramente informativo –ni tampoco de la sinceridad– de esa confesión religiosa. Ciertamente es que se dan casos –la excepción reafirma la regla– en que no se presentan motivos para negar, o siquiera poner en duda, la honestidad del autor: “¡Nunca se me representaron mis delitos tan horribles! ¡Nunca tan desconfiados de la misericordia! ¡Nunca la eternidad se puso en mi consideración tan terriblemente dilatada! ¡Y nunca vi a mi espíritu tan rodeado de ansias y agonías!” (V, p. 162). Citando estas mismas líneas, Sebold las subraya como un ejemplo más de las “abnegadas y angustiosas confesiones” que se entretajan constantemente en el “alegre

⁴ Diego de Torres Villarroel, “Introducción”, *Vida*, edición de Federico de Onís (Madrid: Clásicos Castellanos, 1954), p. 16. Citamos siempre de esta edición.

⁵ En “Mixtificación y estructura”, p. 7.

dualismo entre mundo y claustro”⁶. Resulta, sin embargo, que tales confesiones vibrantes de sinceridad indudable quedan eclipsadas, al fin y al cabo, por aquellas otras al servicio del elemento mundano del cual no se libra la confesión religiosa.

Tampoco tiene reparo Torres aquí, sino que afirma muy descaradamente en el “Prólogo al lector”: “Maliciarás acaso (yo creo) que esta invectiva es un solapado arbitrio para poner en el público mis vanidades, disimuladas con la confesión de cuatro pecadillos, queriendo vender por humildad rendida lo que es una soberbia refinada. Y no sospechas mal...” (p. 6). Así es que Torres afirmará, para después modificar y hasta negar; valorará, para a continuación revalorar, proceso más visible en el caso de la confesión mundana, pero no menos ausente en el de la religiosa o moral: también aquí la autocrítica en esa auto evaluación moral de la confesión religiosa sufrirá modificaciones, alteraciones que revelan la verdadera actitud del autor en cuanto a la censura de sí mismo.

Lo más resonante de la confesión religiosa torresiana son las palmadas que el autor se da en el pecho, porque, en fin de cuentas, descubrimos que lo que ocasiona tales golpes resultan ser –efectivamente– “pecadillos”. Repetidas veces se manifiesta esta insistencia en aminorar la gravedad de la conducta y de los defectos morales del autor en general que antes se nos habían calificado de gran peso: “La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra y me empuja a lo más hondo del infierno” (“Introducción”, p. 9); y dos páginas después leemos: “Yo soy un mal hombre; pero mis diabluras, o por comunes o por frecuentes, ni me han hecho abominable ni exquisitamente reprehensible ... Tal cual vez soy bueno; pero no por eso dejo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida; pero no tan únicos que no los hayan ejecutado otros infinitos antes que yo... ; porque todos somos unos y, con corta diferencia, tan malos los unos como los otros” (*ibid.*, p. 12).

Lo excepcional se convierte en normal. Ya advirtió otro, aludiendo a este mismo pasaje: “Es decir que, como afirma muy bien [Torres], es bueno, sin por eso dejar de ser malo, lo cual nos indica que tiene una clara conciencia de su virtud tanto como de su maldad. Es, aunque no nos diga, el hombre ‘medio’, cabe decir, aquel que oscila entre el bien y el mal sin que jamás llegue a una extremosidad en cualquiera de los dos aspectos: el mediocre”.⁷ Hombre medio, incompatible, al fin y al cabo, con la concepción picaresca del ser humano, Torres no deja de universalizar la vida picaresca, privándola de toda nota excepcional o carácter exclusivo, y limitado a cierto tipo social, y considerándola más bien una etapa por la cual pasan la mayoría de los muchachos, al menos los españoles, al afirmar “No dejé de ser muchacho” (II, p. 60) en aquel pasaje ya estudiado en el primer capítulo donde se parangona la existencia picaresca con una juventud indisciplinada. Así resume Torres su juventud desordenada, y la censura que de sí mismo ha hecho a largo de este segundo “trozo” –“Hundido en el ocio y la inquietud escandalosa...” (p. 46); “Revuelto en estas malas costumbres y distracciones...” (p. 50), etc., queda de este modo dentro de la normalidad, autocrítica ciertamente no muy severa. En el “trozo” que sigue, describiéndonos una regresión psicológica a la condición indisciplinada de su juventud, vuelve Torres a revelar esta misma actitud protectora de sí mismo en su selección de vocablos, refiriéndose a esa etapa de su vida pasada que de nuevo le afectaba perniciosamente como una dominada por “los ímpetus de mi mocedad y los disculpables verdores de mi espíritu” (III, 83). Y esta autocrítica, modificada por normal y disculpable del asunto, se atenúa aún más en

⁶ *Ibid.*

⁷ Sergio Fernández, “Vida de Torres Villarroel”, *Universidad*, nn. 16-17 (mayo, 1959), p. 33.

vista de que Torres en este pasaje nos afirma que la culpa de dicha regresión la tenían sus enemigos en gran parte, pues su envidia implacable fue lo que ocasionó tal reacción de parte del autor. Luego, disculpable también resultará su vanidad: “Lo que más claramente descubre esta relación es una vanidad disculpable y un engreimiento bien acondicionado” (IV, p. 131).

En *peccata minuta*, pues, suele terminar el alarde de autocrítica moral, suscitando así una sospecha de parte del lector en cuanto a la verdadera intención del autor al vituperarse vehementemente para después modificar, y hasta desmentir, la gravedad de su conducta. Y es que el alarde es muy de Torres: ya Juan Marichal ha comentado “ese deseo de exhibición” que el crítico cree llevó a Torres a inventar sus aventuras picarescas (*art. cit.*, p. 304), mientras que Sergio Fernández, coincidiendo con esa misma idea de un notable exhibicionismo en Torres, señala cómo Villarroel explota una falsa humildad al negar el valor de la *Vida* para de este modo llamar la atención y parecer importante (*art. cit.*, pp. 31– 32). Y de la misma manera que critica y finge desprecio hacia su vida mediante esa falsa humildad, también la autocrítica moral revela una función extraliteral más bien que un deseo de pincelarse lo más exactamente posible.

Que se trata también aquí de semejante humildad falsa, puede comprobarse por las propias palabras de Torres antes citadas, en las que el autor así mismo nos admite (vuelva a verse el “Prólogo al lector”, p. 6). Convendría recordar ahora la importante observación de Sebold en cuanto a la autocrítica torresiana: “La técnica autocrítica en unos noventa prólogos de Torres y en su *Vida*, ‘humildes’ defensas frente a otros satíricos, es meramente una explotación humorística del abismo entre sus ideales y las realidades de su vivir, ‘queriendo vender por humildad que es una soberbia refinada’ (*Vida*, p. 6)”⁸. Mediante ese humor y esa falsa humildad de la autocrítica, logra Torres manipular muy hábilmente los sentimientos de su lector, predisponiéndole a favor suyo en su defensa en contra de sus enemigos y ahogándole en un mar de ambigüedades, que sirve para despistarle y encubrir el fondo decisivamente subjetivo de la apología.

Por lo pronto, el humor descarado con que Torres admite su soberbia le libra de la tacha de hipocresía, por menos en su manifestación más ofensiva, que es la que quiere ocultar, para así sancionar la falsedad. La sinceridad de esa admisión le coloca por encima de la mayoría, elevándole ante los ojos del lector, pues: “Y no sospechas mal –le hemos visto admitir en aquella cita del “Prólogo al lector”– y yo, si no hago bien, hago a lo menos lo que he visto hacer a los más devotos, contenidos y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresías y sus fingimientos, embocaos vosotros (pese a vuestra alma) mis artificios, y anden los embustes de mano en mano, que lo demás es irremediable” (p. 6). Se registra de nuevo ese proceso de normalizar los defectos propios, pero en algo se distingue Torres ahora del resto de los hombres. Queda bien clara la lógica de la tramoya que construye aquí el autor: la vanidad es humana, y dentro de esta condición normal, él por menos tiene el suficiente valor y conciencia para admitir lo que otros ocultan hipócritamente. Lo que empezó como una admisión humorística de su falsedad termina ahora en un ataque en contra de la hipocresía humana, sobre la cual se sitúa Torres en vista de esa misma admisión. Entre bromas y veras, este humor serio combina la risa y la admiración, porque, luego de reímos con Torres frente al *spectaculum mundi*, admiramos su triste sinceridad al confesarse parte de la farsa, y no menos admiramos su capacidad de reírse de sí mismo. “Por encubrir con un desprecio fingido y negociante mi entonada soberbia...; y por reírme, finalmente, de mí propio...” (III, p. 63), volverá a admitirlo abiertamente, y la fuerza de carácter que

⁸ “Torres Villarroel y las vanidades”, p. 126.

suponen ambas admisiones le garantiza ya una simpatía de parte del lector. Y volvemos a reímos con admiración cuando nos damos cuenta de su habilidad para ganarnos.

Por otro lado, libre de la acusación de hipocresía, puede ahora Torres explotar sin cuidado las ventajas de la ambigüedad ocasionada por su humor, alternando otra vez las bromas con las veras de tal modo que el lector se halla atraído por lo que podríamos llamar una falsa humildad sincera. Porque al haber confesado su falsedad, Torres, en efecto, cobra mayor credulidad por esta su sinceridad, y cuando teme enajenar a su lector con un exceso de falsedad, recurre al humor, refrena el peligro, y todo vuelve a ser broma, en el fondo muy seria, claro está. Se burla de sí mismo para protegerse en contra de ese peligro de enemistar al lector; y sobre la ambigüedad resbala la vanidad de su falsa humildad sincera, quedando así Torres salvo y satisfecho a la vez, mientras que el lector, despistado por la risa y la ambigüedad, se siente cada vez más seducido por la admirable ingeniosidad del autor, si es que llega a apreciarla conscientemente.

No extraña ahora lo paradójico de quien se acusaba de grandes pecados que después resultaban “pecadillos”, ya que la autocrítica moral de por sí nunca fue preocupación principal del autor, pues siempre estuvo destinada a auxiliar la apología, exceptuando aquellos momentos relativamente raros en que la sinceridad literal de la confesión religiosa brota espontáneamente. No sólo se adelanta Torres a sus enemigos al autocriticarse –deseo suyo que hemos visto expresado explícitamente-, sino que, además, se las arregla para perjudicar al lector y ganarle con su humor y tramoyas, hasta el punto de que estamos dispuestos a consentirle con nuestra risa y admiración esta autocrítica apologética que tan poco tiene de objetividad.

Autocrítica profesional

Vuelve a repetirse el fenómeno en el caso de la autocrítica profesional, y con aún mayor claridad, debido, sin duda alguna, a la mayor inquietud que sentía Torres por dejar escrita y bien afirmada su valía como hombre intelectual y personalidad destacada en la sociedad española del siglo XVIII. De ahí que el tono apologético sea más patente ahora en ese mismo proceso de afirmar para después rectificar: “Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete a las imprentas, y jamás corregí pliego alguno de los que me volvían los impresores; con que todos se pasean rodeados de sus yerros y mis descuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y si hoy me fuese posible recogerlos, los entregaría gustosamente al fuego, por no dejar en el mundo tantos testigos de mi pereza y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altanería y extravagante condición” (III, p. 75). Antes, sin embargo, había escrito:

 Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetración y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal y lo mecánico. Aunque han salido al público tantas obras que pudieran haber demostrado con más fidelidad lo rudo o lo discreto, lo gracioso o lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dar verdaderas y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria o de su abundancia; porque todas están escritas sin gusto, con poco asiento, con algún enfado y con precipitación desaliñada (*ibid.*, pp. 74-75).

Es cierto que Torres aquí no se contradice rotundamente, ya que traza una diferencia entre sus capacidades intelectuales y su manifestación literaria de ellas, exaltándose aquéllas y menospreciándose ésta, aunque algo disonante resulta aquella autocrítica de ignorancia en la primera cita en vista de esas otras calidades de ingenio

que nos enumera en la segunda. No obstante, vista la evaluación profesional en su totalidad, no menos cierto es que lo que puede parecer menosprecio a primera vista resulta ser en realidad una defensa más que nada. El tono y la intención inconfundiblemente apologéticos son del todo obvios, pues justamente lo que nos está diciendo Torres es que su obra escrita es incapaz de reflejar de una manera adecuada el alcance de sus facultades; y no por falta de dotes intelectuales, sino debido principalmente a defectos personales, a una condición de temperamento, y debido también, por cierto, a virtudes tan loables como la falta de codicia y la humildad: “Yo bien sé que alcanzo más y discuro mejor que lo que dejo escrito, y que si mi genio hubiera tenido más codicia a los intereses, más estimación a la fama o lo que se dice aura popular, y si mi pobreza no hubiera sido tan porfiada y revoltosa, serían mis papeles más limpios, más doctrinales, más ingeniosos y más apetecibles” (*ibid.*, p. 75). Se establece así en el orden mundano o profesional el mismo equilibrio ya registrado en el moral: pecados no tan graves, en fin de cuenta, evaluación en la que el menosprecio queda eclipsado por una defensa muy favorable a la calidad intelectual del autor en general.

La autocrítica de sus libros se convertirá en el motivo de auto burla, la cual ahora, como antes en la autocrítica moral, sirve igualmente de freno ante un exceso de humildad falsa o vanidad irritante al lector:

... y los primeros gritos de la burla los echaré encima de mí, pues, a la verdad, estoy persuadido que no hay, en todos los entremeses, sayos de bobo y cagalasollas del mundo, despertador más poderoso de mis carcajadas que yo mismo; y más cuando me acuerde de lo cacareado y famoso que ha sido mi nombre desde los veinte años hasta hoy, y que antes de muerto, y muchas centurias después de difunto, he de ser citado por hombre insigne, y como quien no dice nada, por autor de libros, habiendo sido en todos los pedazos de mi vida un ignorante, holgazán, sin sujeción y sin escuela. Reireme sin término siempre que vea a mis disparates subidos a ser tomos en las mejores librerías de España, hombreando de volúmenes, haciendo de doctores, y jurándolas, desde los estantes y desde sus títulos, de ciencia, erudición y documentos; y aunque no hay en todas sus hojas un arrapo de utilidad, mientras estén cerrados se las han de apostar a presunción y fantasía a los autores más cogotudos y severos.

Ahora, por cierto, no me deja la risa tener la pluma en la mano; porque se me viene a la consideración el estupendo chasco que he dado al mundo con mis patochadas y sandeces... (V, pp. 194-195).

Según se habrá notado, ya no se limita Torres a criticar sus libros desde el punto de vista exclusivamente estilístico o técnico, sino que muestra un desprecio también por sus contenidos. No se crea que la contradicción entre este pasaje y los otros citados recién sería explicable por el lapso de tiempo entre uno y otro “trozo”⁹, ya que también aquí –en el “Prólogo” a este quinto “trozo”– se jacta Torres de su capacidad intelectual y de su labor profesional: “porque estoy creyendo firmísimamente que valen algo mis tareas” (p. 140). Reiterará el autoelogio, pero no tardará mucho en modificar, como de costumbre: “y si he de decirlo todo, aseguro que nunca creí ni esperé salir tan discreto y tan letrado; pues en acordándome de mi crianza, de mi pobreza y de la libertad escandalosa con que he vivido, me aturdo cómo he llegado a saber tanto” (*ibid.*, p. 143), para poco después introducir la nota de contrapeso: “Tengan sabido mis desafectos que

⁹ Según Federico de Onís, en su “Introducción” a la *Vida*, pp. XXIV-XXV, ésta fue escrita en tres etapas: 1742-1743, los cuatro primeros “trozos”, publicados en 1743; poco antes de 1752 debió escribir Torres el “trozo” V, que salió en ese mismo año incorporado a los demás en el tomo XIV de la edición de sus obras completas; el último “trozo” fue escrito y publicado en 1758.

yo sé algo; es verdad que es muy poquito; pero esto poco me sobra y me embaraza” (*ibid.*, p. 144).

De nuevo se impone la ambigüedad, demoledora de cualquier intento de llegar a alguna conclusión más o menos concreta y fija de cómo evalúa Torres su propia labor: es buena y es mala, como la misma condición moral que el autor se atribuye a sí mismo (vuelva a verse “Introducción”, p. 12). No se ve un esfuerzo auténtico de llegar a “noticias ciertas y asunto verdadero” porque la verdad subjetiva de la apología torresiana aquí triunfa sobre cualquier pretensión de objetividad: es otra vez la verdad de la falsa humildad que nos revela un ser más interesado en protegerse y defenderse que en desnudar de un modo directo su alma y anhelos. Por eso mismo es que vuelve a considerar todo una farsa –hasta la misma cultura, incluyendo su propia contribución– para así disfrazar otra vez su vanidad dentro de esta idea de vanidad de vanidades que le permite negar y afirmar simultáneamente el valor de sus obras.

“¿Por qué don Diego afeaba su propia vida, sus obras y su reputación?”, preguntaba hace años su más cabal biógrafo hasta hoy día para luego conjeturar: “Él mismo, acaso por humildad verdaderamente cristiana o acaso, por humor, se pintó en sus escritos de una manera difamante.”¹⁰ Y antes, Leopoldo Augusto de Cueto había descrito la *Vida* como una “especie de *confesiones*, menos cínicas, pero no menos sinceras que las que J. J. Rousseau escribió algunos años después”.¹¹ Imposible nos es aceptar tales interpretaciones en cuanto a la autocrítica y la sinceridad torresiana en general. En vista de lo que nos ha revelado el texto, indudable nos parece que la función de la autocrítica –tanto la moral como la profesional–, lejos de reflejar “humildad verdaderamente cristiana” y sinceridad literal, se propone más bien y principalmente ayudar al autor en su apología de una manera que no puede ocultar sus fines subjetivos y reveladores cada vez más del carácter mundano de su autobiografía.

La leyenda y la invectiva

Alude Torres repetidas veces a una leyenda falsa que circulaba en tomo a su figura y labor.¹² De hecho, queda visto que cuando expone las razones que tuvo para escribir la *Vida*, desmentir esa leyenda y prevenir su expansión suponen precisamente el primero de esos dos “especiales motivos” antes citados. Y es interesante notar que cuando Torres reitera sus móviles autobiográficos en el “Prólogo” al quinto “trozo”, esta actitud defensiva se registra más claramente que al principio en la “Introducción” del libro; porque ahora ya no se limitará el segundo de esos dos motivos a facilitarle al predicador de sus honras hechos y datos, o sea, a una supuesta búsqueda de la verdad: ahora también esta segunda razón se nos presentará íntimamente ligada a la primera:

Cuando me puse a escribir los pasados trozos de mi *Vida*, llevaba conmigo dos intenciones principales; y aunque sospecho que estarán declaradas en aquel cartapacio, importa muy poco repetir las. La primera fue, estorbar a un tropel de ingenios hambreones, presumidos y desesperados, que saliesen a la plaza del mundo a darme en

¹⁰ Antonio García Boiza, *Don Diego de Torres Villarroel. Ensayo biográfico* (Madrid, 1949), pp. 202 y 209. Este libro fue publicado por primera vez en 1911. En *Nuevos datos sobre Torres Villarroel* (Salamanca, 1918), pp. 6 y 9, el crítico reitera lo aquí citado al enfrentarse de nuevo con el “enigma” de Torres que todavía nos preocupa. En lo sucesivo, nos referiremos a la primera obra de García Boiza al citarle entre paréntesis.

¹¹ En *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, t.I (Madrid, 1893), p. 69.

¹² Hasta el punto de hacernos creer que sufría de un complejo de persecución, pero, como se verá, Torres se nos revela más cerca a un complejo de inferioridad.

los hocicos o en la calavera con una vida cuajada de sucesos ridículos, malmetiendo a mis costumbres con las de Pedro Ponce, el hermano Juan y otros embusteros y foragidos de esta casta. La segunda, desmentir, con mis verdades, las acusaciones, las bastardas novelas y los cuentos mentirosos que se voceaban de mí en las cocinas, calles y tabernas, entresacadas de quinientos pliegos de maldiciones y sátiras, que corren a cuatro pies por el mundo, impresas sin licencia de Dios ni del rey, y añadidas de las bocas de los truhanes, ociosos y noveleros; ... (p. 139).

Como era de esperarse, no falta en todo esto la usual contradicción, ya que en la “Introducción” nos había afirmado el autor: “No me mueve a confesar en el público mis verdaderas liviandades el deseo de sosegar los chismes y las parlerías con que anda alborotado mi nombre y foragida mi opinión ... “ (p. 15). Desde luego, que la insistencia y frecuencia con que la *Vida* alude y niega la validez de los ataques que en contra del autor se hicieron, no apoyan en mínimo la pretendida indiferencia de esa afirmación, puesta ahí al servicio una vez más de la falsa humildad torresiana con su fingido –por lo menos en el plano teórico– desprecio hacia la vanidad y lo mundano: “porque mi espíritu no se altera –continúa la cita– con el aire de alabanzas, ni con el ruido de los vituperios” (pp. 15-16). Que no es así, lo comprueba claramente la importancia estructural de esa leyenda en la *Vida*. Pero, como acaso se habrá sospechado ya, no se trata tan sólo –ni tan siquiera esencialmente– de un interés en la leyenda *per se*, sino que ésta, como antes la autocrítica, será subyugada a lo subjetivoapologético por lo general. A este fin volverá a sacrificarse cualquier intento serio y constante de lograr una meta objetivo-informativa. Ni aun como conjetura, pues, nos atrae la posible interpretación que suscita Segura Corvasi: “Quizá que Torres, en su *Autobiografía*, intentase encauzar esa leyenda, que ya iba anegando su vida real, y procurara, sin oponerse frontalmente a esta corriente legendaria, es decir, sin dejar de ser totalmente *hombre de novela*, librarla de sus mayores errores...”¹³. De acuerdo estamos que a Torres le gustaba –le convenía, por demás, según detallaremos después– ese carácter legendario-novelesco; pero la idea de un Torres interesado en rectificar y purgar esa leyenda, sin más ni más, desentona –aun en ese plano limitado que sugiere el crítico–, con lo que revela el texto haber sido la intención principal del autor: no informar, sino defender, y en la medida en que aquello ayude –o por menos no contradiga– a esto, es que Torres se interesaba generalmente en la “verdad” de las cosas. Sólo así modificada nos es aceptable la conjetura de Segura Corvasi, pues sólo así nos resulta consecuente esa nueva contradicción que en el “Prólogo” al quinto “trozo” desmiente, en efecto, la anterior meta de objetividad y la indiferencia frente a la crítica de enemigos al insistir tan vehemente y exclusivamente ahora en una “verdad” relacionada de un modo íntimo y directo a la apología. Por mismo, tampoco podemos aceptar la teoría de Sergio Fernández, en la que Torres, cansado de ficciones, dejando atrás su “fingida picaresca” (*art. cit.*, p. 34), nos presenta después una narración de hechos, limitándose a contarnos su verdad de burgués, que tanto contrasta con aquellas aventuras inventadas del principio de la obra, hasta el punto de parecer –y ser– un libro distinto ahora (*ibid.*, p. 35). Al contrario, la obra siempre mantiene su unidad de sentido y forma: confesión mundana arrancando de una apología con sus diversos ingredientes que aquí estudiamos.¹⁴

¹³ E. Segura Covarsi, “Ensayo crítico de la obra de Torres Villarroel”, *Cuadernos de literatura*, VIII, nn. 22-24 (julio-diciembre, 1950), p. 150.

¹⁴ Por lo demás, razón tenemos para sospechar que el elemento de exageración no se limita necesariamente a esas aventuras juveniles, como pronto detallaremos. Algo análogo a esta idea de una diferencia notable entre las partes del libro expresa también de Onís, al comentar que las tres etapas en que se escribe la *Vida* reflejan “tres estados de su espíritu” en su “Introducción” de *ed. cit.*, p. XXIV, pero, por lo menos en lo que a la intención autobiográfica del autor respecta, nos parece que su espíritu se

Muy revelador de esa verdadera actitud del autor ante la leyenda es también aquel pasaje al que antes aludíamos y ahora citaremos, en el que Torres culpa a sus enemigos por su nueva caída en la vida desordenada de su juventud: “La caudalosa conjuración que corrió contra mí después de este ruidoso caso, y las dificultades que puso a mis conveniencias la astucia revoltosa de los que ponderaban con demasiada fuerza los ímpetus de mi mocedad y los disculpables verdores de mi espíritu, me hicieron segunda vez insolente, libre y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor y enmienda venturosa” (III, p. 83). El que Torres incluya la autocrítica al final de esa cita resulta de lo más concordante con la táctica suya que ya hemos estudiado. Ahora, sin embargo, es la crítica de sus enemigos en contra de él lo que atenúa la autocrítica precisamente por explicar aquélla las razones de ésta en gran parte, no del todo porque ambas causas –la personal y la ajena– comparten la culpabilidad aquí. Lo interesante del pasaje, sin embargo, es que manifiesta claramente un proceso típico de la *Vida*: esa leyenda o invectiva de parte de los enemigos del autor en contra de él –atravesando por la autocrítica– termina en una invectiva o contraataque de parte del autor en contra de ellos. La puerta está ahora abierta para que la apología a su vez pase con gran facilidad –y casi automáticamente– a la confesión mundana y autolaudatoria.

La intención de adelantarse a sus enemigos mediante la autocrítica, incluye, pues, esta otra de lanzar su propia invectiva. No es ésta la única ventaja de la leyenda, sin embargo, pues su mera existencia le garantiza ya al autor fama entre sus contemporáneos, además de darle un pretexto bajo el cual disfrazar su vanidad autobiográfica, o sea, un supuesto fin justiciero: “Yo quiero meterme en corro; y ya que cualquiera monigote presumido se toma de mi mormuración, mormuremos a medias, que yo puedo hacer con más verdad, y con menos injusticia y escándalo que todos” (“Introducción”, p. 15). Por otro lado, como si la confesión mundana de por sí no eclipsara ya cualquier noción seria de combatir la injusticia sin otras pretensiones, el mismo Torres no dejará de admitir el valor principal que tiene para él esa murmuración y leyenda en general.

Para adelantarse de nuevo a sus enemigos, así como para hacer reír otra vez al lector y otra vez sumergirle en la usual ambigüedad con su doble función de escudo y arma ya descrita, acabará Torres por admitir que acaso el lector ya empezaba a sospechar: que el autor, en realidad, anhela esos ataques en contra de él, y acaso también, que los inventa hasta cierto punto, de la misma manera que hemos visto a más de un crítico acusarle de haber inventado sus aventuras picarescas.¹⁵ En vista del papel –y necesidad, de hecho– estructural de esa leyenda, no nos extrañaría nada si algún día se comprobara con alguna certeza que Torres –efectivamente– exageraba el número y la intensidad de dichos ataques. Por lo pronto, eso mismo es lo que parece insinuarse de la investigación de García Boiza, a quien sí le pareció extraño no haber hallado ninguna crítica en contra de Torres en los papeles de audiencia escolástica de la Universidad de Salamanca (*ob. cit.*, p. 201). El mismo crítico, sin embargo, no dejó de notar que Torres

mantiene firme y fiel a su fin autolaudatorio en lo fundamental, conforme venimos y seguiremos señalando. Que de Onís se refiera a estados de ánimo, el proceso de madurez o cualquier otra evolución hacia la vejez que traiga cambios anímicos, es otra cuestión, y fenómenos, por demás, bastante normal. Pero que el Torres viejo no cambia esencialmente su propósito autobiográfico, se verá muy claramente al comentar los “trozos” V y VI hacia el final de este trabajo.

¹⁵ Convendría recordar que A. Pérez Goyena, en “Estudios recientes sobre el doctor Torres Villarreal”, *Razón y fe*, XXXV (enero-abril, 1913), pp. 198-204, expone argumentos que le hacen sospechar que Torres exageró también en cuanto a la decadencia de las matemáticas en la España de su época, y “se mostró muy disimulado al considerar tales estudios hundidos en el pozo de Demócrito hasta que él vino a sacarlos” (p. 198).

se gloriaba de esa crítica de parte de sus enemigos (*ibid.*, p. 93). He aquí la verdadera importancia de esa leyenda, cuya documentación, al fin y al cabo, no pasaría de ser una anécdota biográfica interesante, y a lo sumo, una prueba más definida de esa sospecha nuestra de que el autor exageraba aquí, aunque poco importa, en definitiva, que Torres exagere, provoque, o simplemente sea víctima de esa crítica: nada de eso, ni todo junto, cambia el valor esencial que para la *Vida* tiene esa leyenda, es decir, el valor que quiso darle –y que aprovechó el autor– en relación con el sentido y la forma de su obra.

Muy explícitamente señala Torres las ventajas de esa leyenda: “Alegrábame mucho siempre que me soltaban algunos papelones maldicientes; porque al instante seguía la mayor venta de mis papeles, y el especial regocijo de ver sus autores encorajados e iracundos contra un mozo picarón, que se le daba un ardite de toda Constantinopla” (IV, p. 107); añadirá otros beneficios al final de ese mismo “trozo” : “No me faltan algunos enemigos veniales y maldicientes de escalera abajo, aunque ya tengo pocos y malos; y siento mucho que se me haya hundido este caudal, porque a estos tales he debido mucha porción de fama, gusto y conveniencia, que hoy hace feliz y venturosa mi vida” (p. 132). El contraataque revela claramente aquí su relación íntima con la fama y popularidad que anhela Torres, quien tampoco ha dejado de admitir en términos igual de claros el “gusto” y la “conveniencia” que supone para él esa invectiva. Le gustaba y le convenía esa leyenda –ya advertíamos desde antes– y por eso mismo quería ocasionarla: “que yo también confieso que escribo estas escusadas noticias por darles [se refiere a sus enemigos] un poco de pesadumbre y un retazo de motivo para que recaigan sobre mí sus murmuraciones y blasfemias” (*loc. cit.*, p. 131).

Por lo pronto, no se desperdicie esta nueva prueba en contra de un Torres indignado, o de cualquier otro modo molesto, por la injusticia y preocupado por la verdad sobre cualquier otra cosa: ahora no se preocupa ni de la verdad ni de la injusticia de la murmuración, en contra de lo que antes nos decía (vuelva a verse “Introducción”, p. 15), sino que nos revela más bien su necesidad de “chismes y parlerías” (*ibid.*). Porque de la misma manera que le gustan y le son convenientes por garantizarle fama y dinero en la vida, de igual modo le proporcionan en la *Vida* la manera más conveniente de realizar la expresión literaria de esa fama que tanto le gusta. Repárese en que no afirmamos con esto que se trata aquí de una escueta transposición de lo vital a lo literario: repetido queda que la documentación en este caso tendría un valor puramente incidental, y expresada queda también nuestra sospecha respecto a la posibilidad de que Torres haya subyugado –que no es lo mismo que transponer– lo real a lo literario para de este modo asegurarle al lector –o acaso a sí mismo– de “cacareado y famoso” (V, p. 194) que ha sido y seguirá siendo su nombre, obsesión que veremos aún más concretamente al hablar de la confesión auto laudatoria dentro de poco. Antes, sin embargo, convendría dejar bien clara la habilidad con que Torres se las arregla para de nuevo explotar a su favor todos los aspectos de la cuestión, tornando desventajas en ventajas, falsedad en sinceridad, humor en seriedad.

Recapitemos, pues: en primer lugar, la leyenda supone ya una doble posibilidad ventajosa, pues a través de ella, Torres se nos presenta famoso, por un lado, y por el otro, injuriado y calumniado por la envidia, brindándosele así la oportunidad de enmendar esa supuesta injusticia. El texto, sin embargo, no logra convencernos de ese propósito justiciero, el cual queda eclipsado por la apología subjetiva que más que enmendar objetivamente aprovecha esa leyenda por su valor estructural. Tan fuerte es dicho valor, que el mismo autor no podrá ocultarlo. Entonces acude a su antigua táctica del humor y de la ambigüedad: admite que le gusta y conviene esa leyenda en vista de la fama que le proporciona, y protegido tras su usual humor descarado, continúa

explotando la leyenda –verídica o no, no importa– como medio apologético que le lleva al contraataque, y éste a su vez arrastra la apología a un autoalarde inconfundible. Ahora podrá jactarse sin el peligro de enajenar al lector con tanta vanidad, pues al admitir otra vez el truco, todo se torna en el humor de una falsa sinceridad, o sincera falsedad, si se quiere. Y el proceso se repite: el humor desaparecerá, hasta que surja de nuevo el momento oportuno, la necesidad de prevenir con la ambigüedad toda posibilidad de enemistar al lector, a quien no le importa que le tomen el pelo, siempre y cuando sea a las claras. Y quizás uno que otro –ya hemos visto a dos (García Boiza y de Cueto)– pase por alto la vanidad torresiana, o la tome por la humildad o modestia que definitivamente no es.

LA CONFESIÓN MUNDANA Y AUTOLAUDATORIA

Dos características repetidas veces mentadas en este trabajo subrayan la confesión autobiográfica de Torres: su énfasis en lo mundano, y su preocupación por el reconocimiento de esa contribución mundana, dicho de otro modo, la nota jactanciosa. Cúpula de la arquitectura literaria de la *Vida*, dicha confesión se basa en la apología, columna central a su vez dependiente e incorporadora de otros sostenes ya descritos, o sea, la autocrítica y la leyenda con su contraataque, aunque, claro está, en el proceso literario, todo es uno, el principio es el fin, y desde el momento en que Torres empieza a golpearse el pecho, ya podemos vislumbrar la jactancia, vista la obra desde una perspectiva global. Repetido también, pues, queda el proceso estructural de la *Vida*, cuyo primer y último fin estudiamos ahora detenidamente.

El fin se dirige una vez más a lo eminentemente subjetivo, en lo cual se ahoga, según el patrón ya registrado en la autocrítica y la invectiva y leyenda, toda pretensión sería de objetividad. Y no como creía García Boiza, por supuesto, ya que para él la humildad torresiana era el principio deformador o violador de dicha objetividad: “Por amor a la verdad y a nuestro autor, séanos permitido, sin llegar a quererle canonizar, opinar de muy distinta manera de que él sentía o quería sentir” (*ob. cit.*, p. 209).¹⁶ “Menos aún podemos aceptar la afirmación de de Cueto : “Torres no se adula, por cierto, a sí propio y descubre a las claras, así sus defectos y sus buenas prendas, como las extravagancias de su índole versátil e incomprensible” (*loc. cit.*, p. 69). En el caso del primer crítico, ya hemos visto que tal humildad y tal menosprecio están subyugados, al fin y al cabo, a la apología que abre paso a esta confesión jactanciosa; en cuanto a la afirmación del segundo, es simple y llanamente antitextual pensar que en la *Vida* el autor sostiene un alto nivel objetivo que no le permite adularse.

Téngase en cuenta que aun cuando sean sospechosos a todo momento en una obra autobiográfica el fin y la declaración moralizante –siempre un posible disfraz consciente o inconsciente para ocultar un deseo de fama– en el caso de Torres, el autor nos dice abiertamente y más de una vez que él de ninguna manera participa del fin moralizador de la literatura, para reiterar lo que ya estudiamos en el primer capítulo. “Las trazas, las ideas y las invenciones de que yo usé para hacer estos hurtillos y abrir las puertas para huir de la sujeción y la clausura, no las quiero declarar, porque el manifestarlas, más sería proponer vicios que imitasen los lectores incautos, que referir pueriles travesuras... En la memoria de mis coetáneos duran todavía muchos sucesos, que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber, acuda a sus noticias; que las

¹⁶ “Quería sentir”, ya que la natural humildad de que habla García Boiza impulsaba a Torres hacia el menosprecio; porque el crítico no parece estar consciente aquí, ni mucho menos, de una lucha entre el ser y el querer, tal como la que ha descrito Sebold (véase nota 8)..

relaciones pasajeras de una conversación, no dejan tan perniciosos deseos en los espíritus, como las que introducen las hojas de un impreso” (II, p. 48). De modo que tenemos que desechar cualquier idea de que el impulso ascético del autor le llevó a escribir una autobiografía con fines moralizantes. Por este proceso de eliminación vemos también –mejor dicho, ya hemos visto– que tampoco nos es lícito pensar que Torres se propuso narrar su vida con el solo o principal fin de describirla lo más certera y objetivamente posible. Porque además de desmentirlo su proceso modificador y contradictorio, veremos ahora que la jactancia en que desemboca dicho proceso no nos permite otra conclusión.

Marca el “trozo” tercero de la *Vida* el punto de arranque definitivo de la confesión mundana: es lógico, ya que aquí narra Torres lo sucedido entre los años veinte y treinta de su vida, o sea, esos años en los que empieza a esforzarse en el área profesional. De ahora en adelante la narración estará salpicada con creciente frecuencia de jactancias y autoalabanzas, la mayoría de ellas muy directas, hasta llegar al punto en que la insistencia del autor en este aspecto autolaudatorio se manifestará claramente como la nota plasmante de la autobiografía. Y ya que su razón de fama está basada en su labor mundana o profesional, era de esperarse un fuerte desequilibrio entre la confesión religiosa y la mundana, triunfando ésta rotundamente, y relegándose aquélla en gran parte a suspiros alusivos a sus culpas –en el fondo disculpables, según queda visto– o a su mejoría religiosa con los años, por ejemplo, su “quietud de espíritu” y “serenidad de ánimo” (III, p. 72), pese a que volverá a caer en la vida desordenada, según también señalamos, para volver a recobrar su “resignación” y “alegría católica” (IV, p. 132), quizás no tan satisfactoriamente como nos harían creer sus palabras.¹⁷ Salvo estas breves alusiones y las excepciones de que antes hablábamos, la confesión religiosa no goza ni en cantidad ni en intensidad la atención y el énfasis fundamental que el autor da a la confesión mundana que ahora empezamos a apreciar en ésta su calidad abrumadora.

Tras una deformación estética –de esas brillantes de que era capaz Villarroel– de su físico (III, pp. 64-66), seguida de una reflexión psicológica –nada trivial, por cierto– (pp. 66-68), entra ya Torres en la enumeración de sus triunfos mundanos, subrayando lo que Marichal llamaría su “independencia moral y económica” (*art. cit.*, p. 304): “En veinte años de escritor he percibido más de mil ducados cada año...” (*loc. cit.*, p. 68), añadiendo con usual actitud defensiva poco después: “Si a algún envidioso o mal contento de mis fortunas le parece mentira o exageración esta ganancia, véngase a mí, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya y las de los demás librereros, que todavía existen ellos, y vivo yo y mis administradores” (*ibid.*, pp. 68-69). Consciente del poder –y hasta prestigio– que adquiere el dinero en el siglo XVIII como medida de un hombre y del valor suyo y de sus obras, le tira en cara Torres a sus enemigos más de una vez su triunfo de burgués que se codea con lo mejor de la sociedad española de su época, triunfo del trabajo que, además de rendir dinero, difunde fama y rompe barreras sociales: “Ya que he llegado a tocar el punto venturoso de las apacibles clemencias con que me han ensorbecido las personas de más alta jerarquía, quiero atormentar un poco a mis enemigos, poniéndoles a los ojos, en breve relación, las honras y aplausos que estoy debiendo a su sola piedad, especialmente desde que di a luz el cuarto trozo de mi *Vida* hasta hoy” (V, pp. 182-3). Conforme se habrá notado, hemos frente a un buen ejemplo

¹⁷ Varios críticos han percibido en Torres una duda religiosa, lo que Mario di Pinto llama un “asettico agnosticismo” en “Il Diavolo a Madrid (Scienza e superstizione in Torres Villarroel)”, *Filologia e Letteratura*, VIII (1962), p. 208. Véase también a Gregorio Marañón, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo* (Madrid, 1934), p. 308, y recuérdense también ahora los ya mencionados trabajos de Sebold y Marichal que vendrían al caso aquí.

de esa íntima relación existente entre contraataque y jactancia en la *Vida*, de que ya hemos hablado, y que Torres aquí desarrolla de una manera muy concreta, mencionando nombre por nombre a las distinguidas personas de la época que le han reconocido: “El excelentísimo señor don Josef Carvajal me ha llevado en su coche y a su derecha por las calles y públicos paseos de Madrid algunas veces, me ha mandado sentar a su mesa infinitas, y me ha conducido a la del excelentísimo señor marqués de la Ensenada...” (*ibid.*, p. 183), y así continúa la lista. Muy claro deja que, entre otras cosas, él es “el doctor más rico”, así como “el más requebrado de las primeras jerarquías”, sin dejar tampoco de añadir que lo es también de las “vulgaridades de este siglo” (*ibid.*, p.193), revelándose, pues, con esto último el contrapeso “humilde” y humorístico a la vanidad de las otras afirmaciones, para de este modo refrenar como de costumbre los sentimientos del lector ante tanta jactancia.

Volviendo al “trozo” tercero, vemos que no tardará mucho Torres en aludir a su fama en las llamadas ciencias ocultas, mostrándose inseguro en cuanto al valor de tales estudios, pero tomando la precaución de declarar de antemano que él reconoce a Dios como “el único dueño” (p. 71) de su vida, para declarar asimismo después: “y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta y castiga a los diablos y los espíritus” (p. 73).¹⁸ No por eso, sin embargo, dejará Torres de aprovechar esa fama que le brindan las artes mágicas, y con risa burlona que sale de entre dientes titiritantes de miedo, nos relata cómo fue llamado por la condesa de Arcos para ahuyentar unos duendes (*ibid.*, pp. 90-93), y cómo fue solicitado –aun por los médicos, a quienes tanto odio les profesaba– debido a esta fama (IV, pp. 127-129). Se trata, claro está, de su conocida táctica de estar con Dios y con el diablo: si tiene algún valor científico esa materia, también lo tiene el Gran Piscator; si no, él mismo fue el primero en negarlo y burlarse de todo. De la misma manera, ya hemos comentado la forma en que Torres niega igualmente el valor de sus obras en ese tercer “trozo”, de tal modo que todo menosprecio resulte también negado por la contradicción (vuelvan a verse las páginas 74-75 de la *Vida*). No es siempre así, pues habrá momentos –y muchos– en que el intento de disfrazar el ansia de fama mediante contradicciones y negaciones cederá paso a la pura jactancia:

Para sosegar las voces perniciosas que contra mi aplicación soltaron los desocupados y los envidiosos, y para persuadir la propiedad y buena condición de mis fatigas, pedí a la Universidad la substitución de la cátedra de Matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años y sin enseñanza más de ciento cincuenta; y concedida, leí y enseñé dos años a bastante número de discípulos. Presidí, al fin de este tiempo, un acto de conclusiones geométricas, astronómicas y astrológicas; y fue una función y un ejercicio tan raro, que no se encontró la memoria de otro en los momentos antiguos que se guardan en estas felicísimas escuelas... El concurso fue el más numeroso y lucido que se ha notado, y el ejercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia y otros frutos que iban saliendo de mi retiro y de mi estudio, acallé a los ignorantes, que se escandalizaron de la brevedad y extrañeza de mi aprovechamiento; pero empezó a revolverse contra mis producciones otra nueva casta de vocingleros, de tan poderosos livianos, que hasta ahora no se han cansado de gritar y gruñir, ni yo he podido taparles las bocas con más de cuatro mil resmas de papel, que les he tirado a los hocicos (III, pp. 79– 80).

El pasaje es típico de lo que ya hemos subrayado varias veces como el proceso estructural de la obra: la apología queda absorbida por la confesión mundana-autolaudatoria, una vez cumplida la misión de aquélla como pretexto de ésta, y que

¹⁸ El citado artículo de di Pinto se ocupa de este tema de la superstición y la religión de Torres.

empezó como defensa, termina en una jactancia, en la cual se pierde también la posibilidad de cualquier idea o interpretación de carácter más o menos objetivo. Es decir, tras tanta jactancia, nos es simplemente imposible pensar que el autor pide sólo justicia sin querer ir más allá del “asunto verdadero”. No se discute aquí –repárese bien en ello– la posibilidad de objetividad en el ser humano: la hemos dado por descontada, y más en un género como el autobiográfico, aunque sin tener que llegar al extremo a que llegó George Bernard Shaw, por ejemplo.¹⁹ “El lector cuidadoso recordará que cuando primero mencionamos el problema allá en la parte de este capítulo titulada “La autocrítica en general”, en seguida modificamos la posibilidad de una confesión objetiva, idea limitada siempre a “dentro de lo que cabe”. Lo que sí cabría tomar en cuenta, no obstante, en lo que obviamente se torna en una cuestión de grados a la fuerza, es la actitud del autor que nos revelan sus pretensiones narrativas, declaradas, disfrazadas o desmentidas.

Por otro lado, es cierto que hay momentos en la *Vida* en que Torres parece inclinarse hacia un tipo de narración de carácter anecdótico, en el cual el grado de objetividad puede ser mayor. Piénsese, por ejemplo, en aquellos pasajes dedicados a su destierro en el “trozo” IV, páginas 110-123, o en las páginas del “trozo” V que nos describen una larga enfermedad (pp. 161-180). Pero piénsese también que éstos y otros semejantes pasajes no bastan para cambiar el sentido y forma primordiales de la obra, ya que ningún elemento como el de la confesión jactanciosa se impone con tanta y tan incomparable vehemencia; y piénsese bien, además, sobre la posibilidad de que dichos pasajes de mayor objetividad no anden tan divorciados del resto de la obra y su estructura fundamental como podría parecer a primera vista. Por lo pronto, aun en los dos ejemplos elegidos por su ilustración de cierta objetividad narrativa, pueden vislumbrarse relaciones entre lo anecdótico y lo subjetivo de la apología y confesión torresiana. Porque, pese a toda impresión de describir hechos sin otro propósito que el de reproducir el pasado lo más exactamente posible, esos hechos así descritos arrancan de otro hecho o causa muy explotable ante el intento o deseo del autor de ganarse los sentimientos del lector. Esto se verá más claramente en el caso del destierro, donde la causa de tantos sufrimientos se debe otra vez a una acusación injusta, y esta nueva injusticia sirve de marco a la anécdota del destierro. Ni tampoco dejará Torres de introducir de vez en cuando una que otra jactancia o alusión a su popularidad, aumentada aún más por el escándalo del destierro: “El suceso se contaba en cada sitio de diferente modo y substancia” (III, p. 114). No pierde la oportunidad de subrayarnos la fama que rodeaba su nombre: “y me significaron el especial honor que lograrían en que el doctor don Diego de Torres fuese a servir la cátedra de Matemáticas, que tenían vacante por muchos años por falta de opositor y pretendiente. Yo les aseguraba que conocía a Torres, y que estaba, olvidándose del mundo, en uno de los lugares de la raya, obedeciendo al real decreto de su rey, que le tenía estrañado de sus dominios” (*ibid.*, p. 121). Famoso y desterrado –hecho todo un nuevo Cid– se jacta y se lamenta Torres, seguro de ganar nuestra compasión en vista de las injusticias con que le persiguen los hombres.

Más abstracta es la causa de compasión en el pasaje de la enfermedad, ya que Torres ahora se nos presenta como víctima de la vida, y después, con gran humor muchas veces, como víctima de los médicos. Valdría la pena detenemos un momento en esa sátira en contra de los médicos que él –para no ofender a nadie en particular–

¹⁹ Véase Arthur Melville Clark, *Autobiography. Its Genesis and Phases* (London, 1935), p. 14, donde el crítico, tras de citar al famoso dramaturgo y su afirmación que “All autobiographies are lies... I mean deliberate lies,” le refuta.

acabará por desmentir cuando ya es innegable su presencia en la *Vida* (véase p. 173, donde Torres nos quiere convencer que satiriza más bien a la medicina, pero ya los ataques en contra de los médicos como científicos no permiten tal distinción, en todo caso, una de carácter implicador en mayor o menor grado). Ya Lira Urquieta ha señalado cómo Torres no declara en términos específicos cuál fue el carácter de su enfermedad, él que tanto ponderaba sus conocimientos científicos.²⁰ De ahí que nos quedemos con la sensación de que Torres, al censurar a los médicos que no supieron curarle, quiera darnos la impresión de que él sabía más que ellos, lo cual, en definitiva, se relacionaría con el elemento jactancioso del libro:

No es ocasión ahora, ni es del asunto de este papel, abominar de esta práctica [se refiere a las sangrías] en las curaciones de los flujos porfiados; lo que de paso encargaré a los profesores médicos es que atiendan con más cuidado a la variedad de los temperamentos y la diferencia de las destilaciones, y no se confíen en que la resistencia brutal de algunas naturalezas haya sufrido sin sensible daño las faltas de la sangre; pues hay otras que aunque al pronto aguantan, a pocos años se dan por agraviadas y rendidas: un mismo remedio no puede encajar a todos. La solicitud de la medicina debe ser, buscar las proporciones, pero sin perder de la vista las generalidades” (V, pp. 161-162).

El catedrático de matemáticas parece hablar aquí como si fuera también de medicina, o quizá mejor sería decir, como si quisiera ser reconocido también como autoridad en esa ciencia. Ni tampoco estaría de más tener en cuenta que entre Torres y los médicos existiera cierta hostilidad, ya bien en vista de la afición a la magia y la astrología de parte de Villarroel, ya bien por otras diferencias profesionales; es decir, la disputa entre Torres y el médico Martínez (véase III, pp. 94-95) no fuera un incidente aislado. Así, los médicos asumen un papel análogo al que tienen los enemigos a lo largo del libro en esta descripción de la enfermedad del autor.

Víctima de esos hombres de ciencia o de la vida, los suspiros y las quejas del autor le señalan en todo caso, y en última instancia, como el mismo Torres ávido de compasión, el que después clamará abiertamente: “Ténganme lástima, que soy más digno de ella que de la crítica insolente” (V, p. 186). Pero tampoco está ausente en esta parte dedicada a la enfermedad la alusión a los honores y a los enemigos: “y el día cinco de Abril del año 1744 me imprimió en el alma el carácter sacerdotal. Honrome su ilustrísima con singulares distinciones... Así lo expresó su ilustrísima, en el acto de las órdenes, al concurso, reprehendiendo con esta honrosa expresión a mis enemigos... “(*ibid.*, pp. 162-3). Tarde o temprano, siempre sale afuera esa insistencia en desmentir a sus enemigos y afirmar el valor de su persona. Y aun cuando quiera argüirse que Torres tenía razón en este o aquel caso para hacerlo, dentro del conjunto de una autobiografía tan autolaudatoria, la objetividad de cualquier pasaje que suene a jactancia o defensa se hará ya sospechosa, por lo menos en un nivel inconsciente. Lo cierto es que, consciente o inconscientemente, se refleja aun en estos pasajes que dan la impresión general de mayor objetividad una actitud semejante a la que en otras ocasiones –la mayoría– Torres manifiesta en su preocupación apologética de ganarse al lector, y su insistencia en una confesión que ponga bien de relieve su valía. Por lo demás, y para repetir, aun cuando se hallen momentos que sostienen ese cierto nivel objetivo, demasiado fuerte es la confesión tan obviamente subjetiva para ceder paso y permitir más que eso –un triunfo de momento, y no definitivo–.

²⁰ Pedro Lira Urquieta, “Diego de Torres Villarroel”, *Sobre Quevedo y otros clásicos* (Madrid, 1958), p. 96.

El patrón que ya hemos visto establecido en el tercer “trozo” se altera sólo en grado, hasta el punto de que Torres mismo negará a sentir la necesidad de excusarse ante tanta vanidad. En el “trozo” que sigue, el gatillo de la nueva explosión de alarde lo representa una oposición a cátedras: “Trabajaron sobradamente mis enemigos, ya ponderando las virtudes del uno [su opositor], ya las malicias y los vicios del otro [Torres], y ya asegurando que la tropelía de mi genio y la poca sujeción de mi espíritu produciría inquietudes en la pacífica unión de los demás doctores; y temiendo que yo podía aventajarle en las noticias de la ciencia o en los lucimientos de los ejercicios, intentaron que no se leyese en público, sino que nos comprometiésemos los dos opositores a las serenidades de un examen secreto” (IV, p. 99). Solo contra ellos, amenazador, se encara Torres a sus enemigos, impide que se lleve a cabo tal examen secreto, y de víctima pasa a vencedor: “Para expresar con alguna viveza los extremados regocijos, los locos aplausos y las increíbles aclamaciones que hizo Salamanca en esta ocasión en honra del más humilde de sus hijos, era más decente otra pluma más libre, menos sospechosa y más autorizada que la mía; pues aunque ninguna de las que hoy vuelan en el público es más propensa a la claridad de las verdades que la que yo gobierno, no obstante, en las causas tan propias, se descuida insensiblemente el amor interesado” (*ibid.*, pp. 100-101). Sigue ahora una de sus típicas y rotundas contradicciones: “Pero, pues este lance es el más digno y más honrado de mi vida, y no es oportuno solicitar a otro autor que lo escriba, lo referiré con la menor jactancia y vanagloria que pueda” (*ibid.*, p. 101). Porque lo que vendrá no refleja ni mucho menos ningún intento de refrenar la vanidad.

Tras de recordarle al lector que su triunfo ocasionó una “celebridad nunca escuchada ni repetida en la severidad de aquellos generales” (*ibid.*, p. 102), entre otras alusiones a su éxito, Torres, al contrario de lo que nos ha dicho y prometido, acabará por admitir que ha sido excesivo –desde ese punto de vista vanidoso– en su descripción del asunto: “La moderación humilde y el disimulo prudente y provechoso que se debe observar en las alabanzas propias, le están regañando a mi pluma las soberbias y presuntuosas relaciones de este suceso; la integridad de la obra y la disculpable ambición a los decentes aplausos me empujan también a describir con alguna distinción la multitud de sus mayores circunstancias” (*ibid.*, p. 103). Ya lo habíamos visto: la vanidad –una vez modificada la autocrítica– resulta disculpable, y no sólo ahora por responder a una condición humana, sino por responder asimismo al carácter autobiográfico de su obra (“en las causas tan propias, se descuida insensiblemente el amor interesado”), tras el cual se escuda Torres igualmente en este su nuevo esfuerzo para no enajenar al lector con su jactancia, pero también para poder volver a jactarse, eliminado o atenuado ya ese peligro de enemistar al lector: “Cada hora se escuchan en aquellas aulas las doctísimas lecciones y admirables proyectos de escolares prudentes, ingeniosos y aplaudidos, y cada día se ven empleados en las cátedras, obispados y garnachas excelentes sujetos de singular virtud, ciencia y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes ni tan repetidas aclamaciones” (*ibid.*, p. 104).

Tanto le preocupa a Torres esa posibilidad de que un exceso de vanidad destruya sus buenas relaciones con el lector, que volverá a excusarse aún otra vez al final del “trozo”, al final, pues, de una serie de jactancias y autodefensas, algunas de las cuales ya hemos apreciado al hablar del papel estructural que Torres otorga a la crítica que en contra de él lanzan sus enemigos (página 107 y después en las páginas 131 y 132 de la *Vida*), y al comentar el viaje de destierro desde el mismo punto de vista relacionado con esta estructura autobiográfica procedente y reveladora de una enorme ansia de reconocimiento y fama: “El que imagine que este modo de explicar las memorables aficiones que debo a las buenas gentes, es ponderación o mentira absoluta de mi

jactancia, véngalo a ver, y le cogerá el mismo espanto que a mí que le tocó. Véngase conmigo el incrédulo pesaroso de mi estimación, y se ahitará de cortesías y buenos semblantes. Lo que más claramente descubre esta relación es una vanidad disculpable y un engrimiento bien acondicionado” (p. 131); frase esta última que antes citamos, y que ahora integramos en su conjunto, pues Torres hace algo más que meramente disculpar su vanidad: “porque sabiendo –continúa el texto– yo que no merece mi cuna, mi empleo, mi riqueza ni mi ingenio más expresiones de las que se hacen por cristiandad y por costumbre, no deja de hacerme cosquillas en el amor propio de que esta casta de general y venerable agasajo se endereza a mi persona, a mi humildad y a mi correspondencia” (*ibid.*).

En fin, harto conocida nos es ya la táctica: vanidad disculpada, refrenada con una falsa humildad que incorpora usualmente la burla y el humor,²¹ y luego reanudada. Porque esta disculpa equivale a una pausa entre dos –o una misma, si se quiere– descripciones del prestigio social de que goza el autor; así, después de disculparse, volverá a ello: “Guardo, con especial veneración, respeto y confusión mía, las cartas y la correspondencia con algunos cardenales, arzobispos, obispos, duquesas, duques, generales de las religiones y otros príncipes y personas de la primera altura y soberanía” (*ibid.*, pp. 131-132).

Ampliaríamos innecesariamente este capítulo si continuásemos citando caso por caso estos ejemplos de confesión mundana y autolaudatoria que representan a la vez el fondo y el fin de la *Vida*. Por eso, y porque ya hemos visto en el “trozo” V esa misma jactancia motivada por el prestigio social y económico (pp. 182-3 y 193), así como otras citas a lo largo de este capítulo que revelan idéntica preocupación por la defensa y fama de su persona en este “trozo”, nos limitaremos a algunos ejemplos más sobresalientes²².

Digno de notar, por lo pronto, es cómo el “Prólogo” al quinto “trozo” no sólo continúa, sino que además acentúa, la nota defensiva y jactanciosa. Poco después de volver a declarar sus intenciones autobiográficas, según las citamos antes, comienza Torres a encadenar una serie de autoalabanzas que seguirán ese mismo curso que recién hemos vuelto a describir y que se destaca como la táctica predilecta torresiana para salirse con la suya, digámoslo así:

He deseado con ansia que entre los censores que me han arremetido o entre los ceñudos que están inclinados a revolcarme, saliera alguno, hombre de mediana crianza o de tal cual carácter, que poniéndome en el burro de mi ignorancia y colgándome al cuello mis brutalidades, me sacudiese de buen aire las costillas de mi vanidad, y de la soberbia que me han puesto en los cascos los mismos émulos que procuran mi ruina, y la desestimación de mis papeles; porque crea Vmd., seó lector, que estoy borracho de altanerías, y no acierto a desechar de mi consideración los moscones de la vanagloria; porque estoy creyendo firmísimamente que valen algo mis tareas, y que me tienen mucho miedo y mucha envidia los traidores que me disparan tapados los pedruscos de sus sátiras y maldiciones (*ibid.*, p. 140).

Pasando por alto algunas jactancias que siguen, detengámonos brevemente en la reiteración del valor de sus obras de parte del autor, para después ver la manifestación de ese proceso modificador: “y si he de decirlo todo, aseguro que nunca creí ni esperé

²¹ En este caso, esa alusión a los beneficios que deriva de la crítica que le hacen sus enemigos representa la nota Burlesca y humorística.

²² Algunos de los cuales, sin embargo, ya hemos citado anteriormente, y nos será necesario volver a hacerlo –aunque ampliando más las citas esta vez– por ejemplificar tan cabalmente este proceso apologético-jactancioso de la *Vida*.

salir tan discreto y tan letrado; pues en acordándome de mi crianza, de mi pobreza y de la libertad escandalosa con que he vivido, me aturdo cómo he llegado a saber tanto, y cómo o por qué me he hecho memorable entre las gentes...” (*ibid.*, p. 143); en la próxima página, sin embargo, leemos: “Tengan sabido mis desafectos que yo sé algo; es verdad que es muy poquito; pero este poco me sobra y me embaraza”.

El “trozo” V *per se* no hará otra cosa que imitar su prólogo en este sentido, especialmente al final, tras la ya mencionada descripción de la larga enfermedad: aquí, como clímax que se intensifica a más no poder, acumula Torres acusaciones en contra de él que serán refutadas con jactancias una y otra vez en un encadenamiento que alcanza esa su máxima intensidad entre la página 182 y el final del “trozo”.

Teniendo en cuenta este proceso estructural es que podemos mejor entender y apreciar el porqué del “trozo” sexto de la *Vida*. Que sea o no “de muy escaso valor literario” ese “trozo”,²³ “es cuestión incidental, al fin y al cabo, y por tanto, juicio igualmente falto de importancia por limitarse justamente al aspecto menos pertinente del asunto. Dentro de ese proceso estructural de la obra, no obstante, el “trozo” VI complementa de la manera más adecuada –por más exacta y concreta– la materia literaria y su formación de los “trozos” anteriores. A costa, efectivamente, de la libertad estilística que provee la narración de carácter más espontáneo, Torres se complace ahora en presentarnos por general la documentación, la prueba más convincente y menos refutable, de sus realizaciones copiando simplemente muchas veces documentos ya existentes: “MEMORIAL DE TORRES PRESENTANDO LA CARTA DEL SEÑOR MARQUÉS DEL CAMPO DEL VILLAR A LA REAL JUNTA DEL HOSPICIO”, “DECRETO DE LA REAL JUNTA DEL HOSPICIO”, “COPIA DE LA CARTA SEGUNDA DE TORRES AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DEL CAMPO DEL VILLAR”, etc. (pp. 228– 229). Lo cual es ya de por sí una manera de asegurarse del reconocimiento y de la fama, pero no por eso dejará de jactarse con igual soltura que antes, es decir, de una manera rotundamente directa: “Quiso conocer y confesar en esta ocasión la Universidad, que entre todos sus doctores no tenía otro tan práctico en Madrid, tan conocido en el reino, ni tan honrado de los grandes señores, ministros y otra clase de personas autorizadas, como a mí, y por esta necesidad, o por ceder algún rato de su ceño, me nombró a mí solo”, pero como era de esperar, la falsa humildad torresiana volverá a contrarrestar el carácter ofensivo de su jactancia: “siendo un maestro en filosofía –continúa la cita– rudo, ignorante y retirado de estos deseos, y dejando ofendidos a tantos doctores juristas y canonistas, que lo deseaban, y que viven con las obligaciones de entender y practicar esta casta de estudios y negocios” (INSTITUCIÓN DE LA JUNTA DE LOS ABASTOS DE CARNICERÍAS EN SALAMANCA”, p. 234).

Débase esta diferencia en la narración a vejez, a fatiga, a falta de tiempo, o a lo que se quiera pensar que influyó al autor, ninguna de estas explicaciones extraliterarias logran borrar el acierto literario que supone el “trozo” VI desde el punto de vista estructural. De hecho, es aquí donde la confesión mundana y autolaudatoria –siempre dependiente de la apología, desde luego– parece detenerse más en el detalle por regla general, pues antes en muchos casos Torres se muestra más preocupado en hacer resaltar el valor de su labor y persona que en describirnos los hechos y presentarnos los datos. Urge repetir, sin embargo, que tampoco falta aquí la jactancia abierta de los “trozos” anteriores. Contrario a que podría pensarse, el carácter documental que se registra en este “trozo final no supone ni mucho menos una narración de tipo más objetivo, en fin de cuentas; no sólo los comentarios del autor a esa documentación

²³ Según opina Federico de Onís, *loc. cit.*, p. XXV.

(véase, por ejemplo, p. 240), sino que –recién acabamos de ver– esa misma materia presentada como documentación, sostienen el alto nivel subjetivo y manifiestamente jactancioso que venimos registrando en el resto de la obra.

REFLEXIONES FINALES

El resultado de nuestro estudio conlleva ciertas modificaciones en cuanto a la visión que tiene la crítica de Villarroel y su *Vida*. Establecida la estructura de esa autobiografía como una basada en la explotación de varios elementos apoloéticos y la subyugación de la apología al logro y triunfo de una confesión mundana y autolaudatoria, podemos entonces apreciar claramente que lo que movía la pluma del autor sobre todo era un deseo de fama y de reconocimiento. Ya no cabrá pensar en el Torres “sin... ansia de eternidad” de que nos habló Borges.²⁴ Pero tampoco basta con parangonar a Torres con Benjamín Franklin en lo que a la vanidad respecta, porque para el español la vanidad es más que simplemente ““one of the comforts of life:”” (Sebold, “Mixtificación,” p. 7): es en la *Vida* nada menos que una necesidad psicológica expresada literariamente, ya que sólo a través de ella –de esa vanidad– podrá satisfacer el autor el ansia de fama que tanto anhela, y hasta necesita, diríamos desde ese punto de vista psicológico. Es, pues, la vanidad autobiográfica la expresión literaria de una necesidad vital, y tan necesaria a la estructura de la obra como en la vida le fue al ego del autor creerse o asegurarse –o hacer a otros creer o asegurarles– que su nombre y fama se extendían por toda España.²⁵

Opresiva dicha necesidad hasta el punto de que el mismo Torres no puede menos que reconocer que su bombardeo abrumador de jactancias en la *Vida* es capaz de destruir ese su deseo obsesionante de lograr fama y reconocimiento, el autor entonces toma las medidas para tramar su obra tal que el lector no se harte de su presunción. Resulta así sincero al admitir que es hipócrita, pero según se habrá visto, la contradicción aquí sugestiva de un dualismo ambivalente anda muy lejos del sentido paradójico –el sentimiento trágico– que tanto angustiaba a Unamuno, quien se queda en la lucha, sumergiéndose cada vez más en la paradoja pura, mientras que en la *Vida* se resuelve la contradicción literariamente al insistir decididamente en el triunfo de lo mundano. Que la *Vida* “refleja un violento conflicto entre dos inclinaciones contrarias del autobiografiado, mundanidad y ascesis” (Sebold, “Mixtificación,” p. 7), no lo discute nadie, pero que no pase de ser un reflejo o sombra de una lucha interna que aquí el autor decide a favor de lo primero, nos parece igualmente indiscutible. Consiguientemente, no basta con enfocar “este libro como obra orquestada en tono de contradicciones” (*ibid.*), porque así, sin tener en cuenta que esas contradicciones van dirigidas en un plano consciente y consistente por lo general a la realización literaria de

²⁴ Jorge Luis Borges, “Torres Villarroel”, *Inquisiciones* (Buenos Aires, 1925), p. 13. Está comparando el erudito argentino aquí a Torres con Quevedo: “Torres, hombre impoético, sin gravamen de estilo ni ansia de eternidad, fue una provincia de Quevedo más alegre y menos intensa que su trágica patria” (pp. 13-14). No se refiere, pues, al problema religioso de la vida eterna, conviene aclarar. Pero tampoco podríamos aceptar su afirmación, si es que se refiere a que Torres se satisface con una fama momentánea durante su vida, pues eso no es que lo nos ha dicho Villarroel con su seriedad de entre bromas y veras al hablarnos de cómo ha de “ser citado por hombre insigne” muchos siglos después de su muerte (vuelva a verse V, p. 194), para no entrar aquí en la conocida teoría que ve un ansia de eternidad en toda autobiografía, así como en la relación que Unamuno traza entre fama y persistencia en la obra suya que vamos a citar.

²⁵ Así, apoyándonos en los resultados de un estudio estructural, es que nos atrevemos a relacionar de una manera más o menos directa lo vital con lo literario, y llegar a esta conclusión de que la fama, y no una conciencia de lo paradójico en el ser humano, fue lo que movió esencialmente a Torres, aunque, como estamos a punto de declarar en el próximo párrafo, su autobiografía puede reflejar otras ansias.

un insaciable deseo de reconocimiento, no llegaremos a apreciar del todo ni la estructura de la obra, ni “su enorme valor literario”, ni su “perfección arquitectónica” (*ibid.*). Hay que dejar bien claro que todo sentido contradictorio que se refleje en la obra está subordinado –como la misma contradicción– a este otro sentido vanidoso. “El parecer algo, conducente a serlo, acaba por formar nuestro objetivo. Necesitamos que los demás nos crean superiores a ellos para creemos nosotros tales, y basar en ello nuestra fe en la propia persistencia, por menos en la de la fama”.²⁶ a este Unamuno sediento de fama es al que se acerca Villarroel en su *Vida*, para acabar de decirlo. Por lo demás, antes de postular un absurdo torresiano afín al que angustia al hombre del siglo XX,²⁷ convendría estudiar a fondo y dejar bien esclarecidas ciertas cuestiones. Habría que distinguir concretamente entre una influencia barroca y una verdadera originalidad de pensamiento en Torres. ¿Aporta algo Torres a esa idea barroca del desengaño que suele dotar a la apariencia con la nota de un desorden y caos, sensación del absurdo rescatada por una realidad ordenada? ¿Va más allá Torres de su maestro, Quevedo, cuya visión de la nada y del vacío resulta para Francisco Ayala algo más que la distancia salvable entre la apariencia y la realidad?, pues la negación del mundo quevedesca para este crítico “no implica desvalorización ascética, sino aniquilación metafísica” (*ob. cit.*, p. 164). ¿En qué, específicamente, resulta Torres precursor más bien que continuador? Preguntas todas que deben tener muy en cuenta lo recién señalado por Paul Ilie, para quien la estética torresiana en *Visiones y visitas*, donde lo grotesco sostiene constantemente una alta sensación de lo absurdo, responde en el fondo a un orden racionalista y una fe en ese sistema de valores que definirá al siglo XVIII como el de la *Ilustración*.²⁸

No menos en cuenta tendríamos que tener que cuando Torres escribe, ya España y Europa han sentido la revolución cervantina con su compleja visión del ser humano y de su existencia. Porque, pese a que su patria ignoró y no apreció tanto como otros países su grandeza, y a pesar de que el mismo Torres llegó a expresar preferencia por el manuscrito apócrifo de Avellaneda,²⁹ prueba nos da la *Vida* de que la visión torresiana del hombre está mucho más cerca a esta cervantina que no deja de presentarse en términos contradictorios y paradójicos muchas veces que a la visión estereotipada de un género como la novela picaresca, o como el mismo *Quijote* apócrifo, sin ir más lejos. De hecho –y hecho ignorado– fue esta misma concepción compleja del hombre la que llevó a Torres a preluir en más de un sentido que –tras *Les Confessions* de Rousseau– quedará establecido como el problema y sentido formal de toda autobiografía hasta nuestros días, es decir, el reconocimiento de cuán evasivo es el propio ser.³⁰ Pero éste es ya el tema para otro estudio.

²⁶ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (Buenos Aires: Espasa Calpe, 1952), p. 48.

²⁷ Marcelino C. Peñuelas en “La *Vida* de Torres Villarroel, acotaciones al margen”, *Cuadernos americanos*, CXVI (mayo-junio, 1961), pp. 165-176, traza lo que podríamos llamar un paralelo contrastante entre Torres y Camus, y también Torres y Kafka; y aunque termine en contraste, esa misma sensación de que Villarroel ya vislumbró actitudes de nuestro siglo, como hacen otros al compararlo con Unamuno, se refleja también en el artículo de Peñuelas.

²⁸ “Grotesque Portraits in Torres Villarroel”, *Bulletin of Hispanic Studies*, XLV, 1 (January, 1968), pp. 16-37; véase especialmente el final del artículo, p. 37.

²⁹ Explica Sebold esta preferencia por la actitud antiheroica en el XVIII y de parte de Villarroel, en “Torres Villarroel y las vanidades”, p. 132.

³⁰ Véase Roy Pascal, *Design and Truth in Autobiography* (Cambridge, Mass., 1960), p. 43.